

to silencio el Papa, no dió este mas respuesta á sus eficaces instancias que la declaracion de que hablamos, la cual fué copiada por los notarios del concilio. Decia en términos espresos, que el Papa queria cumplir de un modo inviolable todo lo que se habia decretado conciliarmente en las materias de fé por el concilio de Constanza, y que aprobaba y ratificaba todo lo que así se habia hecho en estas materias, pero no lo que se habia hecho de otra manera. Tal es la aprobacion, tan diversamente interpretada, que dió Martino V á los decretos de Constanza en la última sesion de este concilio. Todos suelen convenir en entender la palabra *conciliarmente* de lo que se decidió en las sesiones solemnes, y no meramente en las congregaciones ya generales, ya particulares. En cuanto á estas palabras *en materias de fé*, y en cuanto á las otras que dicen *para la salvacion de las almas, y para las costumbres*, las cuales se hallan en la primera de las dos bulas de 20 de febrero, los italianos y otros varios doctores limitan su significacion á los errores y prácticas de los husitas, contra quienes en efecto se espidieron directamente las dos bulas. Pero otros teólogos (a) pretenden que estas espresiones doctrinales deben tomarse en toda la generalidad que ofrecen por sí mismas.

Estábamos obligados á presentar la parte histórica de esta gran cuestion; pero no pertenece al historiador mezclarse en las disputas y discusiones contenciosas. Lo que en verdad nos interesa, reduciéndonos segun nuestras promesas y el ejemplo del santo y sabio concilio de Trento, á la defensa del dogma, es que todos los doctores católicos sin distincion, tienen por cierto é irrevocable lo decidido en Costanza de un modo conciliar. Distingúense en esto esencial y totalmente los ortodoxos, entre quienes solo hay division en las cosas que no conciernen á los fundamentos de la fé cristiana, de los despreciadores heréticos de los concilios, á pesar de toda la parcialidad de que pueden acusarles estos hombres ocupados eternamente en inventar paralogismos y comparaciones defectuosas.

Al final de esta sesion cuarenta y cinco dijo á los Padres el cardenal de Brancacio en nombre del Papa: *Señores, id en paz; y todos respondieron: Amen.* Concluyóse de este modo á 22 de abril del año 1418, despues de tres años y cerca de seis meses de duracion, el concilio que tuvo principio en noviembre de 1414.

(a) Estos son únicamente ó casi únicamente los que se empeñan en sostener la declaracion y máximas galicanas de 1682; pues los demas sostienen comunmente que la citada bula no debe entenderse en toda la generalidad de las palabras y de tal modo que se suponga aprobado y convalidado todo absolutamente lo que se hizo en Constanza, aun incluidas las sesiones cuarta y quinta. En efecto, el Papa dice, y por dos veces, que aprueba lo que se habia hecho conciliarmente en materia de fé; luego esto solo, y no lo que se hizo en las asambleas de las naciones sin forma de concilio, ni lo que se declaró en materias no pertenecientes á la fé, es lo que Martino V aprobó y confirmó. Aun la citada declaracion del clero de Francia de 1682, al decir que *no aprueba á los que derogar y desechan estos decretos* (los de las sesiones cuarta y quinta de Constanza), da á entender

claramente con su palabra *no aprueba*, que no mira aquellos decretos como decisiones de un concilio ecuménico confirmado por la Santa Sede; porque si así fuese, no se contentaría la asamblea del clero con no aprobar, sino que debía condenar, si queria ser tenida por católica, á los que desechasen los tales decretos. Por fortuna van cayendo ya en olvido en Francia las máximas llamadas galicanas; y si bien hay todavía quien se empeña en sostenerlas la generalidad procura con su conducta proscribir las ó al menos desentenderse de ellas. Véase la *Bibliot. de Relig.* tom. 15 y 17, y el tom. 2 de *La Religion en sus relaciones con el orden político y civil*, del abate L. Mennais, cap. 7. (N. del E.)

## LIBRO QUINCUGÉSIMO.

Desde la conclusion del concilio de Constanza en el año 1418, hasta la convocacion del de Basilea en el de 1431.

Uno de los concilios mas importantes por la gravedad de los asuntos que en él se resolvieron, fué sin duda alguna el de Constanza. Gregorio XII, mirado como antipapa despues de celebrado el concilio de Pisa, habia sido depuesto con solemnidad, y habia hecho su cesion sin mucha repugnancia. Juan XXIII, Papa legítimo, habia sufrido tambien la deposicion por el bien general de la Iglesia, que se creyó no podia lograrse de otro modo, y él mismo se habia despojado del Pontificado. Benedicto XIII, á pesar de su deposicion, permanecia obstinado en el castillo de Peñíscola; pero abandonado por los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y por todos los príncipes de su obediencia, teníase ya por estinguido este resto del cisma, ó por lo menos se reputaba próximo á espirar con el antipapa deérpito que hacia inútiles esfuerzos para fomentarle. Tambien habian sido juzgados y castigados públicamente el heresiarca Juan Hus y su discípulo Gerónimo de Praga. Y si en cuanto á la reforma de la disciplina ó de las costumbres no se habia hecho mas que bosquejarla, tambien es cierto que se señaló para el año 1423 un nuevo concilio general, en que debía llevarse á cabo esta empresa.

Despues de tantos desvelos para el restablecimiento de la potestad y ministerio espiritual, se aplicó igualmente el Papa á restablecer su autoridad temporal en el es-

tado eclesiástico. En el largo tiempo que residieron los Papas en Aviñon, y principalmente mientras duraron las turbulencias del gran cisma, la mayor parte de las ciudades de Italia se habian acostumbrado á vivir con entera independendencia. Toda su sumision consistia en recibir honoríficamente á los legados del Papa que reconocian, y estos legados ó no exigian mayor obediencia, ó veian que sus órdenes quedaban siempre sin efecto. Los romanos principalmente se sublevaban á cada paso, dejándose llevar de las ideas quiméricas de su antigua grandeza. La ciudad de Bolonia, que era la mas floreciente ó la mas orgullosa despues de Roma, se habia rebelado con la mayor desvergüenza, al punto que faltó de ella Juan XXIII, cuya larga legacion habia sido allí tan absoluta. No queriendo Martino V mirar con indiferencia tamaños intereses, pasó desde Constanza á Italia, corrió en derechura á Florencia (1419) donde le recibieron con tales muestras de cariño que se detuvo allí mas de un año, y en prueba de su agradecimiento erigió aquella ciudad en metrópoli.

Baltasar Cossa, antes Papa Juan XXIII, libre ya de la prision de Manhein segun la orden dada en la sesion cuarenta y dos del concilio de Constanza, para ser entregado á Martino V, fué á buscarle á Florencia por su propia voluntad y con grande admiracion.

cion de todos (1). Había recobrado su libertad por medio de dinero que, según dicen, entregó al conde Palatino: era de un carácter emprendedor: creíase que le era intolerable la vida privada: sus antiguos amigos estaban de continuo exagerándole la violencia y la nulidad de cuanto le habían obligado á hacer; instábanle á que tornase á ponerse las insignias pontificales en el país de Parma, donde se hallaba, rodeado de un sinnúmero de descontentos que se le hubieran reunido y formado un partido temible, y además de esto los tiranos de Bolonia, Perusa y Spoleto, y generalmente todos los usurpadores de los Estados de la Iglesia, se habrían declarado por él con la esperanza de sacar de este modo mayores utilidades que las que pudieran prometerse de Martino V. Sin embargo, cuando todos los verdaderos fieles principiaban á temer otra vez el peligro de un nuevo cisma, impulsado Baltasar de su propia conciencia, ó de su inestabilidad natural, y sin duda (cualquiera que fuese su idea) de la mano invisible del Señor, que cuida de la conservación de su Iglesia, huyó de los seductores que tenía á su lado, y por su propia voluntad, sin guía, sin acompañamiento, sin convenciones previas y sin ninguna garantía, se fué él solo á echarse á los pies del Pontífice que había ocupado su lugar, y le reconoció en público por Vicario de Jesucristo. Todos los concurrentes derramaban copiosas lágrimas de alegría y de compasión, y especialmente los cardenales que le eran deudores de la púrpura ó que habían seguido su obediencia. El Papa mismo le recibió con ternura, le creó cardenal obispo de Tuscolo, con la graduación de decano del Sacerdotal Colegio, y la distinción de tener una silla más alta que las

(1) Anton. lib. 22, c. 7, p. 2; Platin. in Mart. V.; Onufr. de Rom. Pont.

de los demás cardenales en las ceremonias públicas.

No disfrutó largo tiempo de este corto consuelo, pues murió de allí á seis meses, el día 22 de noviembre del año 1419, y fué celebrado de muy diverso modo por los escritores de los varios partidos, quienes le alabaron y vituperaron en extremo. Enteráronle magníficamente, á lo que contribuyó la diligencia y esmero de Cosme de Médicis, amigo muy constante y muy bien recompensado (1), supuesto que por las liberalidades de este Pontífice, añadidas á los bienes de fortuna que ya tenía, llegó á ser el particular más opulento de toda Italia, que era entonces la más rica y mercantil de todas las naciones, y por este medio se abrieron sus descendientes el camino á la soberanía.

Recibió Martino V en Florencia una embajada del emperador Manuel Paleólogo, quien prometía que los griegos se conformarían con los latinos en las cosas concernientes á la fe, siempre que quisiesen estos tratar bajo condiciones equitativas (1420). Hay quien afirma, sin embargo, que después de haber recorrido Manuel toda la Europa solicitando en vano el auxilio de unos principes que estaban agoviados con el peso de sus propios asuntos, mudó de principios, y llegó al extremo de escribir una obra contra la procesion del Espíritu Santo. Sin embargo, aquel emperador comisionó al arzobispo de Kiovia para que se presentase en el concilio de Constanza, y propusiese la reunion de las dos iglesias. Fué muy bien recibido el embajador, prescribiéronle las condiciones que habían de observarse, marchó á comunicarlas á sus comitentes, y ofreció volver con todos los poderes necesarios para la consumación de esta empresa;

(1) Plat. in Mart. V.; Sabell. 18. Ennead. n. 1.

pero se disolvió el concilio antes que pudiese regresar el negociador. Presentáronse después otros embajadores griegos, quienes hallaron á Martino V en el trono apostólico. Propusieron estos que se congregase un concilio ecuménico en Oriente: consintió el Pontífice en ello; ofreció presidirle por medio de sus legados, y aun envió una legación, así para tratar del tiempo y lugar de la asamblea, como para descubrir lo que podía esperarse razonablemente de la nueva propuesta de los griegos.

Juan Paleólogo, hijo de Manuel, asociado al imperio desde el día 19 de enero de este año de 1419, tenía entonces la principal parte en el gobierno, á causa del estado de debilidad en que se hallaba su padre. No faltan motivos para creer que este joven emperador estaba bien dispuesto para la union, supuesto que la concluyó él mismo algunos años después en el concilio de Florencia: pero por el momento el proyecto de un concilio general en Grecia no era más que una idea vaga, porque los turcos arrasaban sucesivamente todas las posesiones del imperio de Constantinopla, cuya total ruina solo se retardaba por las divisiones pasajeras de la casa Otomana, y por algunos tratados que, atentos siempre á sacar partido de las circunstancias, hacían los griegos con la finura y sagacidad que los ha caracterizado siempre. Por manera que el peligro de los caminos y de la residencia en aquellos países imposibilitaba manifiestamente la celebracion del concilio en los dominios orientales.

Habiendo vuelto la ciudad de Bolonia á la obediencia de Martino V por la rendicion de los Bentivoglios, y no mostrando ya los florentinos el mismo afecto que antes á este Pontífice, pasó desde Florencia á Roma, donde, según la espresion de los autores contemporáneos, fué mirado como un astro de feliz presagio y recibido como el verdadero padre

de la patria (1). El 22 de setiembre de 1420, en que hizo su entrada en medio de las aclamaciones de un gentío innumerable, fué uno de aquellos días felices que se anotaron en los fastos públicos para conservar eternamente su grata memoria. Halló á Roma en tal estado de desolacion, que no conservaba ya ningun vestigio de capital del mundo, ni aun casi de una ciudad comun. Parecía que se habían acabado en ella las leyes, la policía, el comercio, la urbanidad y la humanidad; estaban arruinados ó amenazaban ruina los templos, los palacios, la mayor parte de las casas y todos los monumentos públicos; y en las casas de los ciudadanos reinaba aquella aspereza y rusticidad que es consiguiente al hábito de vivir en continuos odios y desconfianzas recíprocas. Se dedicó el Papa con tanto empeño á restaurar la ciudad, á dar disposiciones para que estuviese provista abundantemente de todas las cosas necesarias, como también para que se volviese á gozar en ella de la seguridad y del buen orden conveniente, y á levantar y hermosear los edificios, que adquirió una nueva existencia la poblacion, la cual no pudo espresar mejor su reconocimiento que dándole el nombre de padre y restaurador.

Entretanto se experimentaban en Bohemia todos los horrores reunidos de la discordia y del fanatismo. Aprovechándose Ziska de la indolencia del rey Wenceslao, había aguerrido hasta unos cuarenta mil hombres, subordinados ciegamente á su voluntad. En el año 1419 los llevó á Praga, entró en las casas consistoriales é hizo que arrojasen por las ventanas á los senadores, á quienes el pueblo amotinado recibía desde abajo con pieles y horquillas. Al recibir esta terrible noticia, fué acometido Wenceslao de un accidente apoplético, y murió poco después á 16 de agosto. Nunca había teni-

(1) Platin. in Mart. V.

do Bohemia soberano mas cruel ni mas infame que Wenceslao. La embriaguez, que era su pasion dominante, le sumergió en todo linage de crímenes. En 16 de mayo de 1385 habia hecho arrojar en el rio Moldaw al sacerdote Juan Nepomuceno porque este no habia querido revelar la confesion de la reina. Cuéntase que un dia, no habiéndole puesto á su gusto la comida el cocinero, mandó ponerle en el asador y asarle vivo. Ordinariamente llevaba á su lado el verdugo, á quien llamaba su compadre, y que en efecto lo era; y cuando su humor sanguinario le agitaba, hacia que en presencia suya se ahorcase al primero que se encontrase y sin forma alguna de proceso. En una de las salas bajas de su palacio de Wischeradt, que caia sobre el rio Moldaw, habia hecho un pavimento firme al parecer, pero que dando un golpe con el pie se hundia y precipitaba en el rio á los que estaban encima. Este mónstruo se gloriaba de tomar por modelo al mas perverso de los emperadores romanos. Un dia apareció escrito en las paredes de su cuarto el siguiente pasquin: *Wenceslaus alter Nero*; mas él lejos de ofenderse por ello escribió debajo con una especie de lapiz: *Si non fui adhuc, ero* (1). A Wenceslao sucedió su hermano Segismundo, y supo grangearse el respeto y aprecio de la capital; pero esta se olvidó muy en breve de la fidelidad que le habia prometido; por lo que se vió obligado Segismundo á poner cerco á la nueva Praga, cuyos habitantes imploraron el auxilio de Ziska (1420).

Habia establecido este un asilo para su partido herético en la cima de un monte que se internaba entre dos rios y formaba una península (2). Esta ciudad, en extremo

(1) *Art. de verif. les dates.*

(2) *Aen. Sylv. hist. Bohem. c. 43.*

fuerte, fué llamada Tabor, como un sitio consagrado á la manifestacion de las verdades mas sublimes de la religion, con cuyo motivo se dió á estos sectarios el nombre de taboritas. Púsose Ziska en camino contra Segismundo; mas este principe era ya dueño de Praga por la entrega que le habia hecho de ella el gobernador husita, á quien ofreció perdonarle su rebelion. Sitió el rebelde la ciudad, y el emperador que habia hecho una salida para reunir todas sus fuerzas, volvió contra él y le obligó á levantar el sitio. Alentaron tanto á Segismundo estos primeros triunfos, que acordó sitiar la ciudad de Tabor, lisonjeándose con la esperanza de esterminar todos los hereges en una sola campaña. Pero la mitad de su ejército á las órdenes de los condes de Rossen y Crager fué enteramente derrotado por el señor de Hussinetz, primer fautor de su vasallo Juan Hus. Encaminóse él propio contra Ziska que se habia atrincherado en el monte de Villechon, y fueron tales las ventajas que logró en los dos primeros ataques, que el marqués de Minia, comandante imperial, penetró hasta el campo enemigo; pero al tercero, haciendo Ziska unos esfuerzos proporcionados al riesgo en que se hallaba, acometió á los imperiales con tanto arrojo empujándolos á unos sitios escarpados, que se abismaron unos sobre otros en los precipicios, donde hallaron una muerte mas pronta y menos gloriosa que si hubieran perecido con las armas. Esta batalla valió á Ziska la adquisicion de la nueva Praga. Apoderóse tambien de Vinegrado, despues de haber vencido segunda vez á Segismundo, que apenas logró escaparse con diez y nueve hombres. Obligóle despues la rebelion de los moravos á acudir á toda prisa á Silesia (1).

(1) *En. Sylv. c. 41; Dubrav. l. 26.*

Ziska, triunfante y dominando sin obstáculo alguno, se propuso mandar como señor absoluto en todas las sectas que producía diariamente la suya. La heregia de los adamitas, odiada desde su origen, y renovada por un malvado, á quien dieron el nombre de Picardo, por haber nacido en la Picardia, pasó desde la Bélgica, á esfuerzos de este aventurero impio, hasta Bohemia, que era el receptáculo y sentina de todos los errores y de todos los vicios. Con sus discursos seductores y con sus prestigios logró verse muy en breve rodeado de una turba innumerable de hombres y mujeres, á quienes hacia andar desnudos en señal de inocencia, á ejemplo de nuestros primeros padres; libertinage que produjo entre ellos una corrupcion tan horrible, que el mismo Ziska, aunque tan vicioso, la miró con el mayor horror y resolvió vengar á la naturaleza tan públicamente ultrajada. Como desde la isla que les servia de guarida, salian á hacer correrias por los paises vecinos, cometiendo en ellos unas atrocidades iguales á la disolucion de sus costumbres, cayó sobre ellos, se apoderó á viva fuerza de su asilo, y esterminó aquellos mónstruos, aunque lograron escaparse algunos de ellos, y se perpetuaron todavia hasta mucho tiempo despues (1).

Observamos que, contra el orden natural, las sectas mas monstruosas suelen ser las mas fecundas. Los orebitas, renuevos y rivales de los taboritas, bajo este nombre sagrado que habian tomado del monte en que el Señor dió la ley á su pueblo, les escedian en las atrocidades contra los católicos, y principalmente contra los sacerdotes. Juzgaban que no podian hacer cosa mas agradable á Dios que darles muerte en medio de los tormentos mas horribles, y se complacian particularmente en abrasarlos á

fuego lento, y en ponerlos desnudos y atados de dos en dos en estanques helados (1). Del tronco perverso del Tabor salió una rama nueva, que se estableció en un castillo que edificó tambien en un monte elevado y llamó Sion, como un sitio querido del cielo, desde donde la verdad y la felicidad debian derramarse por toda la Bohemia (2). Estos sectarios salvages, acostumbrados así á vivir en cuevas y selvas, habian contraido unas costumbres feroces que, junto con el espiritu rencoroso de secta y de faccion, los connaturalizaron con todos los excesos de la barbarie y de la brutalidad. Ziska, que además de no ser un hombre ordinario, habia vivido mucho tiempo en la corte, no podia menos de odiar aquella groseria ferroz, principalmente en los orebitas, á quienes parece que en algun tiempo deseó esterminar completamente. Mas la virtud que solo es hija del nacimiento y de la educacion, es muy débil contra la politica y el interés de partido. Ziska temió que el enemigo comun se aprovechase de la menor division que advirtiese entre los husitas; instó á los orebitas á que uniesen sus armas con las suyas, y obligóse él mismo á no dar cuartel en lo sucesivo á los sacerdotes católicos.

Hizo aun mas de lo que habia ofrecido, porque entre las muchas plazas de que despojó á los fieles, habiéndose apoderado un dia de una ciudad poco considerable despues de la mas vigorosa resistencia, encerró en una iglesia á los eclesiásticos, á los hombres que se habian libertado del furor de las armas, á las mugeres y á los niños, y la incendió. Habiendo sido hecho prisionero en otra ocasion un caballero católico, echáronle en tierra, le apalearon como si fuese un monton de trigo, le cortaron las manos, y que-

(1) *En. Sylv. c. 41; Dubrav. l. 26.*

B. del C., tomo XIX.—VI.—Historia Eclesiástica.—Tomo IV.

(1) *En. Sylv. c. 43.*

(2) *Id. c. 52.*